

SAGA MAGIC EX LIBRIS

# EL HIJO DEL CÓDICE

LIBRO 2



Hines, Jim C.

El hijo del código / Jim C. Hines. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2024.

480 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Emilia Ghelfi.

ISBN 978-950-02-1548-0

1. Literatura Juvenil. 2. Narrativa Juvenil. 3. Magia. I. Ghelfi, Emilia, trad. II. Título. CDD 813.9283

*El hijo del código*

Título original: *Codex Born*

Copyright © 2013 by Jim C. Hines

Esta edición se publica por acuerdo con JABberwocky Literary Agency, Inc. a través de International Editors & Yáñez Co' S.L.

Traductora: Emilia Ghelfi

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2024

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Marina von der Pahlen

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Arte de tapa: Luciana Bertot, @lulybot

1ª edición: octubre de 2024

ISBN 978-950-02-1548-0

Impreso en Talleres Trama,

Pasaje Garro 3160, CABA,

en octubre de 2024.

Tirada: 3.000 ejemplares.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

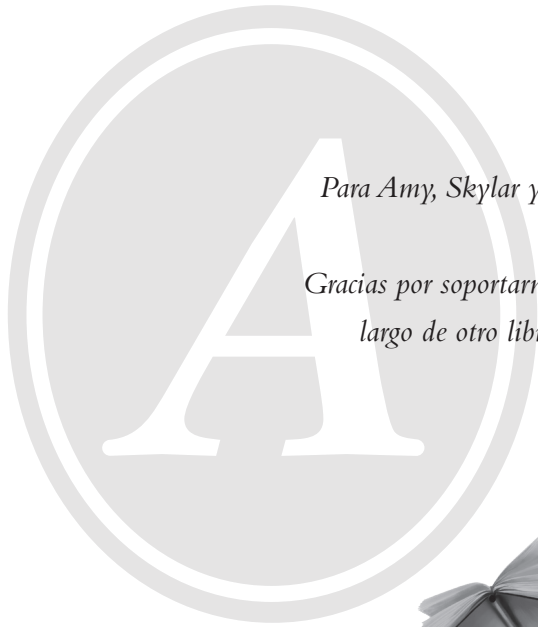
*Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia. De ningún modo se proponen sugerencias y/o consejos. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de otros usos del presente libro. El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).*

# EL HIJO DEL CÓDICE

JIM C. HINES

 Editorial El Ateneo





*Para Amy, Skylar y Jamie*

*Gracias por soportarme a lo  
largo de otro libro más.*







*“La invención de Gutenberg, si bien ha  
dado a algunos la libertad nacional,  
ha sumido en la esclavitud a otros.  
Se convirtió en fundador y protector  
de la libertad humana y, sin embargo,  
hizo posible el despotismo donde antes  
era imposible”.*

*Mark Twain*









# 1

**L**a gente dice que el amor cambia a una persona. No tienen idea.

Frank Dearing fue el primer hombre que conocí. Me convirtió en un todo. Me brindó un propósito y una identidad. Y me dio un nombre. “Greenwood” quizá no fuera el más original apellido para una dríada, pero era mío.

Nidhi Shah me dio fuerza y un propósito mayor. A través de ella mi vida pasó de una sola granja a un mundo más grande de personas, plantas y magia.

Luego llegó Isaac Vainio. Pensé que su mayor regalo para mí sería una sensación de libertad, aunque limitada. Pero a través de él, a través de su curiosidad y su a menudo loca

*necesidad de hurgar el universo y preguntar: “¿Para qué sirve este botón?”, encontré algo más.*

*Pasé cincuenta años confinada por mi naturaleza. Isaac me ayudó a descubrir la esperanza.*

Como libromante e investigador, este era uno de los momentos que ansiaba vivir. Me encantaba que esta niña de catorce años, brillante y sin entrenamiento, acabara de echar por tierra todo un cuerpo de teoría mágica.

Odiaba el hecho de no poder descubrir cómo lo había hecho.

Jeneta Aboderin estaba encorvada en una silla de jardín de plástico blanco en el patio detrás de mi casa. Los lentes de sol con marcos con rayas de cebrá de color rosado ocultaban sus ojos mientras leía de una tableta electrónica.

—No te estás concentrando, Isaac —dijo sin levantar la vista.

Sus palabras fundían el débil acento nigeriano y el británico que había adquirido de su madre y su padre con una generosa porción de malestar adolescente contra mí, el bibliotecario obcecado que no podía extraer magia de un simple poema.

—Sí, lo estoy.

No era mi réplica más brillante, pero hoy estaba fuera de juego. Me concentraba tanto que mi frente debía de estar permanentemente arrugada... pero no sentía las palabras. Miré hacia abajo, a mi nuevo libro electrónico, un delgado rectángulo del tamaño de un libro pequeño, con una brillante pantalla de vidrio y una carcasa de plástico negro redondeada. Los botones

en las esquinas le daban todo el aspecto de un objeto recién salido de *Viaje a las estrellas*.

Tenía miedo de que se me cayera la maldita cosa.

—Inténtalo de nuevo —ordenó Jeneta.

Subí por *Hojas de hierba*, de Walt Whitman, de nuevo hasta el comienzo de un poema que había leído catorce veces esa tarde. Lo había memorizado la segunda vez, pero leer las palabras me ayudaba a tocar la magia del libro. Al menos, en teoría.

—¿Quizá si comenzara con algo más simple como crear luz de luna?

Largó una carcajada.

—“Mira hacia abajo, hermosa Luna” no tiene nada que ver con la luz de la luna.

—¿Estás segura? Está aquí mismo, en el título. —Giré la pantalla hacia ella y señalé—. Quizá tengo un dispositivo defectuoso.

Imaginé su mirada de desaprobación detrás de sus lentes. Me quitó el aparato y sus dedos tipieron con un ritmo entrecortado sobre la pantalla.

—Fíjate en este: “Un sueño diferido”, de Langston Hughes. —Los delgados dedos marrones se hundieron en el poema y salieron unos momentos después con una pasa de uva entre ellos—. ¿Crees que Hughes estaba hablando de pasas de uva? Es una metáfora. —Sacudiendo la cabeza, arrojó la metáfora dentro de la boca y dijo—: Envuelve cada sílaba con esperanza y miedo y desesperación, hasta que las palabras estén listas para explotar. ¿Cómo no puedes sentir eso?

Su exasperación ante mi obvia obcecación no me molestaba. Estaba más interesado en con qué facilidad había extraído esa pasa de uva de un dispositivo electrónico. El propio Johannes Gutenberg, el hombre que inventó la libromancia, había dicho que no se podía hacer.

Gutenberg había construido su imprenta hacía más de quinientos años, sobre la base de sus teorías sobre la resonancia mágica. Creía que físicamente los libros idénticos retendrían la creencia colectiva y la imaginación de los lectores, y que un hombre con suficientes dotes mágicas podría aprovechar esa creencia, usándola como un foco para su propio poder.

De joven, Gutenberg había sido un practicante de tercera categoría como mucho. Había dominado apenas los hechizos más básicos y hasta en esos casos necesitaba ayuda para hacerlos correctamente. La libromancia lo había transformado de la noche a la mañana en uno de los hombres más poderosos de la historia.

Los libros electrónicos carecían de la resonancia física de lo impreso. Las palabras no eran más que una colección de ceros y unos traducidos en una imagen transitoria en cualquier pantalla que uno usara para leerlas. Siempre habíamos supuesto que los libros electrónicos serían inútiles para la libromancia, que la variedad de los dispositivos de lectura y la poca permanencia de los archivos impediría que alguien aprovechara esa creencia colectiva. Los investigadores de los centinelas escribieron espantosas predicciones sobre la dilución de nuestra magia a medida que más lectores pasaran de lo impreso a lo electrónico, menoscabando nuestra fuente de creencia.

Y luego Jeneta Aboderin accidentalmente había liberado una serpiente verde de noventa centímetros y larga nariz de su teléfono inteligente en medio de la clase de álgebra. Ese suceso dejó a un centenar de investigadores de los centinelas discutiendo por un tiempo con Jeneta y la posibilidad de tratar de descubrir exactamente cómo diablos lo había hecho.

Después de todo, parte de la misión de Die Zwelf Portenære, la secreta organización que Gutenberg había supervisado durante todos estos siglos, era aprender lo más posible sobre el potencial de la magia. Más importante aún, si yo podía dominar ese truco, no tendría que acarrear quince kilos de libros conmigo cada vez que salía en una misión.

Los centinelas, como eran conocidos para aquellos que no estaban cómodos con el alto alemán medio, también trabajaban para ocultar del mundo la existencia de la magia, y para combatir una lista siempre cambiante de amenazas mágicas potenciales.

Los otros investigadores de los centinelas probablemente estaban maldiciendo mi nombre y tratando de entender cómo Jeneta había terminado trabajando conmigo en Copper River, Michigan. Era el miembro más reciente de nuestra rama de investigación, ya que había sido ascendido solo dos meses atrás, y nada de mi trabajo tenía que ver con la electrónica o los libros electrónicos.

Jeneta extrajo otra pasa de uva de mi libro electrónico y se la entregó a la enorme araña que estaba tomando sol cerca de ella. Smudge y Jeneta se hicieron amigos desde el primer momento. Smudge extendió perezosamente sus patas delanteras

para tomar la pasa de uva de los dedos de la muchacha. Una gota de fuego rojo apareció, y mi amigo arácnido se metió el aperitivo en la boca.

—Tuve otro sueño anoche —murmuró Jeneta, apartando la vista de la araña de fuego.

Me incliné y volví a tomar mi dispositivo.

—No más pasas. Conoces las reglas. Tienes una prohibición de veinticuatro horas de magia después de las pesadillas. —Hice todo lo posible por mantener mi tono contenedor, pero a mis oídos sonó más como una mezcla de consejero estudiantil y niñera que se esforzaba mucho por parecer indiferente. Esta era la razón por la que los centinelas tenían terapeutas entrenados en su personal—. ¿Qué estuviste haciendo ayer?

—No sé... Después del campamento, necesitaba un descanso. Habían pasado muchas cosas, ¿sabes? Hace tres semanas estaba en la escuela de verano, tratando de encontrarles sentido a las demostraciones geométricas. Ahora estoy haciendo magia. —Su boca se suavizó en la primera sonrisa despreocupada que le había visto en toda la tarde—. Fui a los muelles a pensar. Me puse a mirar los pececitos que nadaban. Después de un rato, traté de leerles.

—¿Leerles a los pececitos?

—¡Y fue maravilloso! Al principio, solo estaba hojeando una antología de Sonia Sánchez. Estaba leyendo “Carta personal número 3” y noté que los pececitos se movían al ritmo de las palabras, aunque leía en silencio. Cuando comencé a recitar los poemas en voz alta, se volvieron locos. Era como si bailaran.

Verifiqué que mi grabadora digital estuviera registrando esto. Extraer pasas de uva de la poesía era una cosa, y había estado extrayendo juguetes de novelas de ciencia ficción y fantasía durante años, pero usar la emoción de un poema para influir en otros, aunque más no fueran pececitos, era otra clase de magia por completo diferente.

—¿Podrías hacerlo de nuevo? ¿No hoy, sino en un ambiente controlado donde pueda observarte? Podrías intentarlo con algunos de los grillos con que alimento a Smudge.

—Tal vez, pero no lo hice a propósito, solo sucedió. Ellos sintieron lo que yo sentí. Sánchez hace que quiera moverme.

—¿Cuánto duró?

—Una hora o dos; perdí la noción del tiempo. —Se tiró las delgadas trenzas sobre los hombros—. ¿Cuándo vas a darme una respuesta directa respecto de esos sueños?

—Te dije que no son solo sueños.

Jeneta suspiró de modo melodramático.

—Por favor, no me des de nuevo el sermón de los límites. —Su voz se volvió más profunda, una imitación pasable de la mía, aunque confundió mi acento—: “Cuanto más uses la magia, más débiles se vuelven los límites, y más fácil es que la magia de tus libros se infiltre en tus pensamientos. Déjame contarte lo que me pasó en la isla Mackinac”...

—No iba a hablarte de la isla Mackinac —mentí—. Estaba a punto de decirte que sé por lo que estás pasando.

Dejó de jugar con Smudge.

—¿Tú también las has tenido?

—Hace unos meses, estaba en Detroit y traté de... —Me contuve. Jeneta era tan curiosa como los otros libromantes. Si le contaba que había podido introducirme en un libro para espiar a otro mago, lo intentaría por sí misma antes del fin de la semana, sin considerar lo peligrosas que fueran las consecuencias—. No importa lo que hice. Carbonicé por completo un libro y alguien..., *algo* vino detrás de mí. Como si la magia fuera un océano y hubiera removido una entidad de sus profundidades. Trató de hundirme, de destrozarme.

—De devorar todo lo que hacía que tú fueras tú.

Simulé no notar el temblor en sus manos.

—Exactamente. Una furia y un hambre sin sentido.

—¿Cómo frenaste los sueños?

—Entrando en un coma. —Miré el jardín que estaba más allá del patio, rodeado de rosales tan coloridos que parecían irreales—. Te lo repito: no son sueños. Estaba despierto cuando vino por mí. Lena me llevó a la casa de Nicola Pallas, que logró traerme de regreso.

Incluso la maestra regional de los centinelas había estado en apuros para salvar mi salud mental esa vez.

—Me advirtieron sobre la posesión —dijo—. Cómo los personajes y los poemas pueden comenzar a hablarme, tratando de habitar en mí.

El abuso de la magia adelgazaba las paredes metafóricas entre un libro y el mundo real. Cada caso de posesión variaba según los libros involucrados, pero todos terminaban en la locura incurable del libromante.

—Lo que vimos no es posesión, tampoco.



—Entonces, ¿qué es? —preguntó.

—No sabemos. —Desde antes de la fundación de los centinelas, algo había vivido dentro de la magia misma. Algo que luchaba por salir a nuestro mundo y consumirlo. Ninguno de nosotros sabía con certeza qué era o de dónde había salido... ni cómo detenerlo.

Este era el otro propósito secreto de Die Zwelf Portenære, Los Doce Porteros, unos pocos elegidos entre los centinelas que se dedicaban a comprender a nuestro enemigo y a aprender cómo impedirle que entrara en el mundo.

Mi encuentro de principios de año me había ganado un lugar dentro de ese grupo. Gutenberg me había asignado a identificar a nuestros enemigos, a responder preguntas que habían desconcertado a los centinelas desde su fundación. Por eso era que se habían tocado algunas cuerdas para que Jeneta hiciera un viaje totalmente pago al campamento de verano en la Península Superior de Michigan, junto con una pasantía de “Oportunidad Avanzada para Jóvenes” para que trabajara conmigo en la Biblioteca Pública de Copper River.

—No lo saben —repitió inexpressivamente—. Quiero decir, estoy contenta de no estar alucinando o volviéndome loca, pero ¿me estás diciendo que hay monstruos mágicos tratando de comer mi mente y nadie sabe qué son?

—En cierta forma, sí.

—Maldición. —Pensó un momento—. ¿Cómo evolucionarían estos devoradores?

Típica respuesta de libromante. ¿Algo raro quiere matarnos? ¡Fantástico! ¿De dónde vino y cómo funciona? Y, según

las inclinaciones del libromante, ¿cómo puedo atrapar uno y disecarlo?

—No creo que lo hicieran. —Tenía múltiples teorías, basadas en parte en investigación hecha por centinelas anteriores durante años e informes sobre las consecuencias de un puñado de encuentros registrados. Había muchas explicaciones en conflicto, pero todas imposibles de probar—. Creo que los creamos nosotros.

—¿Te refieres a los centinelas?

—No necesariamente, sino a la gente, los humanos. —Me recosté en la silla—. Es una corazonada. Podrían ser alienígenas de tres cabezas que vienen de otras dimensiones o las proyecciones astrales de dinosaurios de millones de años atrás. Pero hay... no una conexión, sino una *sensación* de reconocimiento. Como cuando pasas a un extraño en la calle y, solo por un segundo, antes de que el cerebro comprenda, sientes que lo conocías de antes.

Se quitó los lentes de sol y arqueó las cejas en un movimiento tan coordinado que tenía que haberlo practicado en el espejo.

—¿Crees en extraterrestres?

—Estoy saliendo con una *dríada*, y tú sacaste una serpiente de tu teléfono. ¿Vas a poner tu límite en los extraterrestres?

—Si tratas de decirme que construyeron las pirámides, me voy de inmediato de aquí.

—No seas ridícula. —Esperé un instante, luego agregué—: Las pirámides fueron construidas por elfos momificados.

No habría pensado que fuera posible, pero sus cejas se elevaron aún más.

—¿Elfos momificados?

Era un pésimo mentiroso, pero por una vez logré mantenerme serio.

—Un amigo mío luchó una vez con una de esas cosas. El maldito era como una pesadilla salida directamente de una mala película para niños.

—Creo que tienes razón.

—Por supuesto que sí. La magia élfica es una cosa horrible.

Por la mirada que me echó, para ella, la única cosa en el mundo peor que los devoradores era un adulto que trataba de hacerse el gracioso.

—Me dio la impresión de que los devoradores me odiaban mucho, como si fuera una cuestión personal.

—¿Qué pasó cuando despertaste?

—Me fui a la ducha. El agua estaba demasiado fría, pero no me importó.

—Como si tuvieras que rasparte la piel para volver a sentirte limpia —dije, recordando mis propios sueños después de Detroit.

—Sí. —Sacó una maleza y tocó a Smudge con ella. La araña se agazapó, luego saltó hacia adelante y le prendió fuego a la punta—. Trata de leer de nuevo el poema de Whitman. “Esparce dulcemente el nimbo de la noche”. Visualízalo.

Tomé mi libro electrónico, y le permití cambiar de tema. Aunque trataba de ocultarlo, podía ver que estaba luchando contra las lágrimas. Busqué el poema, lo volví a leer e imaginé las nubes iluminadas desde adentro mientras se deslizaban lentamente sobre la luna llena. Era una noche fresca, húmeda.

El poema enfatizaba el contraste entre la belleza del cielo y el horror de los muertos de la Guerra de Secesión esparcidos sobre el campo de batalla.

—“Baña esta escena” —Jeneta se veía diferente cuando leía, más segura y poderosa—. “Esparce aquí tu generoso nimbo, sagrada Luna”. Dos veces usa las imágenes del agua, de la limpieza y el bautismo. La purificación del pecado. ¿Por qué?

Parecía una maestra. Me pregunté si estaba canalizando a su madre. Toqué con mis dedos la pantalla.

—Está suplicando.

—Exactamente. —Este era un terreno familiar para ella, mucho más seguro de lo que le había invadido la mente. —Limpia esta fealdad de nuestras almas y nuestros recuerdos. Limpia este horror de nuestro mundo. Perdónanos. Redímenos. “Sobre los muertos que yacen de espaldas con los brazos abiertos”. ¿Por qué están de espaldas, Isaac?

—Están mirando al cielo, a Dios.

—Este es el centro del poema: dolor, vergüenza, pero también esperanza. Esa es tu conexión. Toca esos sentimientos y podrás usar este poema para sacar una multitud de lágrimas.

Lo intenté de nuevo, imaginando las emociones y buscando su eco dentro del dispositivo electrónico, pero tampoco esta vez sentí nada.

—Quizás Whitman no sea lo tuyo. —Tocó su pantalla, y la recorrió hacia abajo a lo largo de una lista de libros, y me metió su libro en las manos.

—¿Shel Silverstein?

Inclinó la cabeza para mirarme por encima de los lentes de sol.

—Si hablas mal de Silverstein, te lastimaré. Habrá sierras eléctricas, machetes y una araña de fuego muy molesta. Smudge, estás conmigo, ¿verdad?

Smudge giró hacia mí y se frotó las patas delanteras.

—Traidor. —Miré por encima el poema—. ¿Y si...?

—¿Nunca entiendes los “y si...”? ¿No te preocupas por que tu casa se incendie o que a Smudge lo coma una lechuga?

Mi teléfono celular sonó antes de que pudiera responder. Sonreí como un idiota cuando vi quién era. Siguiendo con el tema de la tarde, adopté mi más sombría voz de lectura de poesía y dije:

—Creo que nunca veré un poema tan encantador como un árbol.

—Bueno, gracias —dijo Lena Greenwood—. Pasar tiempo con Jeneta te ha hecho bien. ¿Y qué está haciendo el bibliotecario más sexy del mundo hoy?

Saqué la lengua y bajé el volumen del teléfono.

Lena se echó a reír, pero había algo raro en su habitual jugueteo. Su risa se cortó demasiado rápido y no salió con una broma sobre encontrar la forma de lograr que dejara de pensar.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nidhi recibió una llamada de Chicago. La están enviando a Tamarack. Estoy a punto de ir a recogerla.

—¿Otro hombre lobo feroz? —La Península Superior tenía tres de las manadas de hombres lobo más grandes del mundo, pero habían pasado ocho años desde el último ataque conocido

contra un ser humano. La manada hacía un muy buen trabajo manteniendo a sus miembros en línea.

—Un wendigo. Uno de los lobos lo encontró muerto anoche.

Me senté más erguido.

—¿Cómo murió?

—No estamos seguros todavía, pero los lobos dijeron que el que había tirado el cuerpo olía a humano.

—Maldición. —Esta no sería la primera vez que un ser humano matara a una criatura mágica. No ocurría a menudo y rara vez terminaba bien para el humano. Si esto hubiera sido un accidente o un acto de defensa propia, era una cosa, pero era difícil matar a un wendigo, aun si uno sabía a qué se enfrentaba. Eso sugería a un usuario de magia descarriado o alguien que hubiera tropezado con la existencia de la magia y hubiera decidido jugar al cazador de monstruos. De cualquier forma, teníamos que encontrar al responsable. Los rumores corrían rápido, y todo no humano inteligente en la Península Superior estaría tenso para el fin de semana. Si los centinelas no intervenían con rapidez, habría una escalada.

—Espera que deje a Jeneta, y te encuentro en el viejo edificio de la escuela en Tamarack.

—Te veo allí. Te amo.

—Yo también.

No bien corté, Jeneta dijo:

—Puedo ayudar.

—No.

—Oí que hablaban de un wendigo. He leído sobre ellos, pero nunca...

—*Nein. Non. Niet. Naa. Gaawiin.* —Recogí a Smudge en la palma de la mano y lo pasé a mi hombro izquierdo.

Jeneta ladeó la cabeza.

—¿En qué era ese último?

—En ojibwe. —Miré decididamente a su libro electrónico hasta que suspiró y lo guardó en su gastada mochila de camuflaje.

—Nada en los papeles que tus padres firmaron nos da autorización para arrastrarte a la investigación de un asesinato. En especial, cuando podría haber más wendigos en el área. ¿Sabes cuántos formularios tendría que completar si mi pasante es comida por un monstruo caníbal?

—Mis padres no firmaron nada de enseñar magia a personas viejas, tampoco —replicó.

—Tengo solo veintiséis, y cállate. —Le indiqué que entrara—. Dame un minuto para buscar mis libros. Además, no es que yo no te haya estado enseñando a ti, también.

—Como quieras, abuelo. —Se puso la mochila al hombro, luego dudó. Cuando volvió a hablar, parecía más pequeña—. Ten cuidado.

—Haré todo lo posible.

Y luego volvió a su ser habitual, la cabeza bien alta mientras caminaba por la casa.

—Ey, ya que no me dejas ir contigo, lo menos que puedes hacer es dejarme conducir el convertible.

Sonreí.

—Déjame buscar en mi diccionario de ojibwe. Tengo que buscar cómo decir: “Antes muerto”.

Smudge se agachó en la esquina del parabrisas y observó los pinos que íbamos sobrepasando a medida que avanzábamos. Paredes de roca áspera se elevaban y caían a cada lado del camino mientras atravesábamos las colinas. Las viejas vías del ferrocarril y un depósito abandonado marcaban el límite este de Tamarack, apenas cincuenta kilómetros en las afueras de Copper River.

Allá a comienzos del siglo xx, las dos ciudades habían tenido un momento de esplendor. Cuando la mina de plata en Tamarack cerró en 1934, el pueblo era el hogar de más de dos mil personas. En estos días, el lugar hacía que Copper River pareciera la gran ciudad. La población estaba más cerca de doscientos, de la cual una minoría considerable eran miembros de la manada local de hombres lobo.

Esta parte del estado estaba repleta de ciudades mineras fantasma. Tamarack no había muerto todavía, pero tenía casi la misma atmósfera, con viejos carteles en calles laterales descuidadas, que no habían tenido mantenimiento en décadas. Muchas de las casas en el límite de la ciudad parecían listas para colapsar con el próximo viento fuerte. Toda una cuadra había sido invadida por manzanos. Divisé un par de adolescentes fumando cigarrillos y mirándonos desde una casa de dos pisos, haciendo equilibrio en el techo al lado de un agujero abierto donde un arce había salido a través de las vigas.

En el centro de la ciudad, una estación de gasolina con un solo surtidor, un pequeño almacén, una tienda de implementos



para caza y una iglesia bautista compartían la intersección con el único semáforo de la ciudad. Me salí del camino principal y conduje otro kilómetro hasta la escuela. Había una camioneta amarilla detenida en el estacionamiento, y vi a un hombre que parecía viejo apoyado contra la puerta trasera, masticando un escarbadientes. Me relajé un poco cuando vi la motocicleta Honda verde pino y negra de Lena detrás del vehículo. Un par de cascos que combinaban colgaban de la parte de atrás.

Ayudé a Smudge para que trepara a mi hombro y abrí el baúl. Busqué un bolso de cuero de color marrón oleoso, ribeteado en cuero, que parecía algo que podía llevar Indiana Jones. Lo que, si tenía que ser honesto, era la principal razón por la que lo había comprado. La tira dejaba un surco en mi hombro por el peso de todos los libros que había podido meter adentro.

—Isaac Vainio, te tomaste un buen tiempo para llegar.

Cerré el baúl y me di vuelta para saludar al hombre lobo.

—Jeff DeYoung. ¿Fuiste tú el que encontró el cuerpo, entonces?

—No, fue Helen. —Escupió el escarbadientes contra el asfalto—. Te ves bastante bien. Supimos de ese desastre en Detroit al comienzo del verano. Dicen que el viejo Gutenberg en persona tuvo que ayudar a meter a esos vampiros de nuevo en sus agujeros.

—No saben ni la mitad —le dije. Jeff tenía uno de los acentos de la Península Superior más duros que conocía, y su forma de pronunciar dificultaba la comprensión.

—Y tú no puedes compartir la otra mitad, ¿verdad? —Me palmeó el hombro (el que no tenía la araña de fuego), luego

me dio un rápido abrazo e inhaló profundamente. No quería saber cuánto había sabido de mí con esa sola olisqueada. Hice lo mismo, respirando el vago olor a sudor y tabaco de su chaqueta.

—Me temo que no.

Se veía casi como la última vez que lo vi, un año atrás más o menos, con la misma gastada chaqueta anaranjada de caza sobre una camisa hawaiana verde brillante y dorada que lastimaba los ojos. Jeff era un hombre delgado, lleno de arrugas y manchas de la edad. Unos bifocales con marco dorado se incrustaban en su nariz bulbosa. Él y su esposa Helen eran los primeros hombres lobo que conocí. Habían dejado la vida salvaje para asentarse en Tamarack, y si bien seguían cazando un conejo cada tanto, la mayoría de la carne que comían en estos días venía de una tienda.

—Helen llevó a la doctora Shah y a la dríada hace unos quince minutos —me informó Jeff—. Olían como tú. ¿Cuánto hace que están todos durmiendo juntos?

—No estamos todos durmiendo juntos —me apresuré a decir. Tuve que dejar a un lado conscientemente mi cautela normal al hablar de nuestra relación. Jeff podía oler las mentiras y era uno de los pocos que no iba a escandalizarse ante mi situación romántica—. Estoy con Lena desde hace dos meses. Y Lena está también con la doctora Shah.

—Pero ¿tú y la doctora no? Mmmh. Me parece que eso sería más fácil, logísticamente hablando.

—La logística no lo es todo. —Aplasté un mosquito en mi dedo índice izquierdo. Los pequeños chupasangres solían mantenerse lejos de Smudge, lo que era otra cosa por la que

me gustaba tenerlo cerca, pero un verano cálido y húmedo nos había dejado con una mayor cantidad de mosquitos que la usual y tenían hambre—. Todavía no tenemos todos los detalles bajo control.

Jeff sonrió de modo burlón.

—Nunca me pareciste un hombre de muchas peculiaridades. Da la impresión de que esta muchacha resultó buena para ti.

Típica mentalidad de hombre lobo. En palabras de un ex amigo: “Los hombres lobo saltarán a la cama con cualquiera que tenga dos patas y con unos cuantos que tengan cuatro”. Era una exageración, pero una que tenía una buena cuota de verdad.

Nadie sabía de dónde había venido el primer *Lykanthropos naturalis*, aunque la teoría dominante implicaba un experimento mágico que había salido mal en algún momento del siglo v o vi. Otros creían que la licantropía había sido una maldición deliberada, un castigo por algún crimen desconocido pero imperdonable.

Las criaturas que habían evolucionado o habían nacido a la existencia “naturalmente” superaban en número a aquellas nacidas de libros. Dudaba de que siquiera Gutenberg pudiera haber previsto esa consecuencia de su nueva escuela de magia. La primera criatura nacida de un libro que encontré era una vampira brillante, una mujer de mediana edad con poco cabello que se había introducido accidentalmente en una popular novela de vampiros y se había infectado con su veneno.

Los centinelas catalogaban cuidadosamente cada nueva especie de vampiro, pero los hombres lobo ofrecían un desafío mayor. A diferencia de la mayoría de los vampiros, podían

cruzarse. Como resultado, en lugar de cien especies distintas o más, había una sola raza con un amplio espectro de habilidades. Algunos podían cambiar de forma a voluntad; otros eran esclavos de la Luna. Un hombre lobo podía ser muy alérgico a la plata, y su hermano solo sufrir de intolerancia a la lactosa.

Como regla general, lo más seguro era suponer que eran más rápidos y más fuertes, con sentidos más agudos que cualquier humano. Y, por supuesto, según su genética, Jeff podía tener hasta ocho pezones debajo de esa camisa. Nunca tuve el valor de preguntar, aunque él habría estado feliz de mostrármelos, eso sí. Los hombres lobo eran famosos por ser muy abiertos en cuestiones físicas.

—Estar con Lena ha sido... educativo —admití.

Jeff se echó a reír, pero por suerte no me presionó en busca de detalles. Caminamos por el bosque que está detrás de la escuela, siguiendo un viejo sendero alrededor de un pantano hasta que llegamos a un camino descuidado.

De entre las grietas que surcaban el pavimento gris se elevaban malezas que nos llegaban a las rodillas. Desde allí, caminamos colina arriba durante unos diez minutos, pasando viejas entradas para auto y huecos demasiado regulares en la tierra que indicaban en algún momento allí había habido una casa.

—Pensé que ya habías acabado con el trabajo de campo —comentó Jeff. A pesar de su edad, ni siquiera estaba agitado.

—Gutenberg y Pallas me pasaron a investigación. —Me sequé la frente y la nuca, luego aplasté otro mosquito que estaba tratando de picarme a través de mis *jeans*—. Pero estamos con poco personal en el Medio Oeste en este momento, y

yo escribí un par de trabajos sobre los wendigos durante mi entrenamiento.

Una cerca de cadenas en la parte superior de la colina bloqueaba un abrupto precipicio. Lena Greenwood, Nidhi Shah y Helen DeYoung estaban allí, mirando hacia abajo a algo que había del otro lado de la barrera. Nidhi tomaba fotografías con una cámara digital.

—¿Tomaron el camino para turistas o algo así? —preguntó Helen sin mirar.

—¿Por qué? ¿Me extrañaste? —Jeff se unió a ellas junto a la cerca, haciendo una breve pausa para dar a su esposa un rápido pellizco en el trasero antes de mirar hacia abajo.

—Es horrible. —Lena se apartó de los otros para saludarme con un beso.

Como siempre, la sensación de su cuerpo contra el mío desencadenó una cascada de respuestas físicas y emocionales: deseo, entusiasmo, asombro de que me hubiera elegido, conflicto por las circunstancias de esa elección... e incomodidad al saber que su otra amante estaba a dos metros de distancia, intentando deliberadamente no mirar.

Baja y robusta, con enormes ojos y labios oscuros, Lena no parecía alguien que podía combatir con un vampiro enojado y salir sin un rasguño. Su piel tenía el color marrón profundo de un roble. Una única trenza colgaba en medio de su espalda. Los *jeans* cortados enfatizaban las curvas de sus caderas. Estaba descalza; sus dedos se curvaban en la tierra a cada paso. Llevaba sujetos al cinturón un par de sables curvos de madera, los *bokkens* japoneses.

Si tuviera que elegir una sola palabra para lo que me atraía de Lena, esa sería su pasión. No la meramente física, sino la que sentía por todo lo que hacía. Se arrojaba a la vida sin reservas, sin guardarse nunca nada. Poseía una audacia que pocos humanos podían lograr.

Nidhi Shah tosió suavemente.

—Estábamos listas para tratar de recuperar el cuerpo.

A juzgar por su atuendo, Nidhi había venido directamente de su consultorio. Tenía una camiseta con botones iridiscentes, pantalones negros y unas zapatillas altas Converse. Eran su par negro formal. Cuando se trataba de calzado, Nidhi se rehusaba a dejar que la moda ganara sobre la comodidad y la practicidad.

Tenía alrededor de treinta y cinco años y era mayor en apariencia que Lena por unos cinco años como mínimo. Llevaba el cabello recogido, lo que dejaba expuesto el tatuaje en su sien. Los caracteres guyaratíes de *equilibrio*, un hechizo colocado por los centinelas para ayudarla en sus tareas, eran lo único mágico en ella.

Me adelanté hacia la cerca.

—¿Sabemos quién era?

Helen sacudió la cabeza. Tenía una mano apoyada en la pistola semiautomática que llevaba en la cadera izquierda, su único signo visible de nerviosismo.

—No reconozco el olor de la víctima ni del hombre que lo tiró.

—¿Estás segura de que era un hombre? —preguntó Nidhi.

—¿Acaso no huelen su loción corporal? —se burló Jeff—.

Tienen suerte.

—Al wendigo lo mataron un kilómetro dentro del bosque —afirmó Helen—. El que lo hizo usó un cuatriciclo para traer el cuerpo hasta aquí. Después de eso, condujo hacia el Este, pero lo perdimos una vez que llegó al camino.

La barra superior de la cerca estaba abollada hacia el suelo. Unas líneas oscuras de sangre rayaban el aluminio oxidado. Unos seis metros abajo, colgando de las ramas rotas de una píceca blanca que crecía de una roca casi vertical, pendía el wendigo.

La imaginación era parte de lo que me hacía un buen libromante: la capacidad de visualizar la historia, de hacerla tan real en mi mente que podía entrar en ella y tocarla. Pero podía llegar a ser una maldición: vería los restos de esa pobre criatura en mis sueños durante meses. Los miembros rotos, el dolor y el miedo congelados en su cara, los trozos de piel blanca empastados con sangre.

Me alejé. Ignorando los susurros preocupados de Jeff y Helen, crucé el camino y me apoyé con ambas manos contra un grueso abedul. Inspiré con fuerza mientras mi cabeza creaba un escenario tras otro para explicar las heridas que el wendigo había sufrido.

¿Cómo diablos un ser humano había hecho esto? El wendigo promedio podía matar y devorar a un hombre en minutos. Lo que hacía que el hombre que había destrozado deliberada y metódicamente a esta criatura fuera mucho más peligroso que cualquier monstruo.